

Chimoc, el perro calato

Un verano inolvidable

Andrea y Claudia Paz

Ilustraciones: Andrea Paz



loquelego



*Dedicado a Cristóbal, nuestro querido
hermanito, amante de los perros. Nunca
pudiste tener uno de carne y hueso, pero ahora
tienes uno hecho de letras y fantasía.*

Este Chimoc es para ti.

Una gran idea



A Clavito el puercoespín le gusta mucho el verano. La razón es simple: en el verano él no tiene que ponerse medias, en el verano casi no se resfría y en el verano tiene muchos días de vacaciones en los que puede jugar, jugar y jugar.

9

Desde que descubrió las pistolas de agua, Clavito adora jugar con ellas, pues le gusta imaginar que es una gran ballena que dispara chorros de agua por la espalda. Tanto le gusta jugar con el agua que intentó jugar con ella en otoño y luego en invierno, pero al final del juego siempre terminó igual: con

un terrible resfriado. Y es que los juegos de agua son para jugarse en verano.

Durante todo un largo año, Clavito tachó cada día del calendario y arrancó sus hojas, esperando que los días, semanas y meses se pasaran rápidamente y llegara así su estación del año favorita.

10 La señal de que su larga espera había terminado apareció cuando, por fin, una mañana el cielo de la Colina se despertó vestido de celeste y saludó al sol, que había salido a pasear grande, generoso y brillando de contento.

—¡Llegó el verano! —gritó Clavito sonriendo y bailando sobre su cama a prueba de púas.

Luego corrió a abrir sus cortinas y ventanas para dejar pasar los rayos del sol y así purificar su habitación.

¡El día estaba tan lindo, tan fresco y a la vez tan cálido, tan lleno de luz! Aún asomado

por la ventana, Clavito cerró sus ojos e imaginó el graznido de las gaviotas, la fresca brisa, el brillo del mar verde azulado, la textura de la arena dorada... «¡Cómo me gustaría ir a la playa!», pensó.

Clavito se acordó de algo. Corrió a su escritorio, abrió el cajón, rebuscó entre sus papeles, dibujos, libros, cartas, hasta que, por fin, encontró una hoja que había guardado desde hacía tiempo, que había recortado de una

11



revista: una foto de las playas de Máncora, que se ubican en el norte del Perú, en una linda ciudad llamada Piura. Clavito acarició la foto, luego la abrazó y deseó estar allá.

¡Y es que otra de las cosas que le gustaba del verano es que era la estación perfecta para ir a la playa!

12

Una vieja amiga



Clavito cogió su agenda telefónica. Iba a llamar a todos sus amigos para invitarlos a ir de campamento a la playa.

13

El primer número que marcó fue el de su vecina, la señora Gallina, viuda de Gallo, que ya estaba despierta, pues se levantaba muy temprano para realizar todos los quehaceres de la casa. Atendió el teléfono muy agitada, con un trapeador bajo una de sus alas y con una pañoleta amarrada sobre la cresta.

—Buenos días, Clavito. ¡Qué milagro que me llamas tan temprano! Yo todavía no termino de tomar mi desayuno y ya me tienes aquí, limpiando y lavando un cerro de ropa.

—¡Cielos!, señora Gallina, ¡cuánto trabaja!, deberá estar usted muy cansada...

14 —Pues sí, Clavito, no te imaginas cuánta ropa tengo que lavar. Pollito anda sin zapatos y con las medias puestas por toda la casa, ¡las deja negras!, y además, hace sus «obras de arte» con barro, goma y témperas, y no se pone el mandil porque dice que le da calor, así que me trae la ropa completamente manchada. ¡Y los calzoncillos!, están tan sucios que tendré que lavarlos dos veces, ¡puf! ¡Ay, Clavito!... Y aún me falta planchar, barrer, lustrar los pisos, encerar las puertas, sacar el polvo de los muebles, cocinar, tender las camas... ¡Necesito unas buenas vacaciones!

—Señora Gallina, justo la llamaba porque se me acaba de ocurrir una gran idea. ¿Qué le parece si nos vamos de campamento a las playas de Máncora con nuestros amigos de la Colina?

A la señora Gallina la idea de Clavito le pareció maravillosa. En la playa al fin podría descansar y relajarse como se debía. La señora Gallina ya se imaginaba reposando sobre su toalla floreada, estrenando ese traje de baño nuevo que se había comprado bastante tiempo atrás. El verano pasado se había tenido que conformar con bañar a Pollito en un balde. Pero la llamada de Clavito mejoraba muchísimo el panorama. ¡Irían de campamento a la playa!

15 —Oh, Clavito, ¡mi Pollito va a estar feliz!... pero no perdamos más tiempo, tengo que alistar muchas cosas: mis rúleros, mi secadora de plumas, mi plancha, mis cremas, mi pareo, mis sandalias, mis lentes oscuros...

—Mmm... señora Gallina... —dijo Clavito interrumpiendo el cacareo de la Gallina que parecía interminable—. ¿Podría llevar

su sombrilla?, acabo de recordar que no tengo y es muy importante protegerse del sol.

16 —¡Oh!, Clavito, no tengo sombrilla, pero no te preocupes, todo tiene solución; dile a alguno de nuestros amigos que lleve la suya. Los espero en mi casa mañana bien temprano, iremos en nuestra camioneta. Recuerda que al que madruga Dios lo ayuda. ¡Chau!

La señora Gallina colgó el teléfono muy feliz. Acababa de recibir una muy buena noticia. Estaba tan emocionada que no podía borrarse la sonrisa del pico. Soltó el trapeador, se quitó el mandil y se dispuso a ir a buscar a su hijo, Pollito, para contarle la novedad, pero él mismo la interceptó en el camino.

—Mami, ya tengo listo mi calzoncillo de Pavoman y mi ropa de baño de Superpollo, mis héroes favoritos, para el campamento que haremos en la playa. También tengo lista mi toalla, mi *foltaor* y mi...

—¡Pollito! ¿Acaso no sabes que no debes escuchar las conversaciones ajenas? ¡Es de mala educación! Y tú, mi tesoro, mi rey, mi querubín, eres un ave de pedigrí, es decir, de buena familia. ¿Ves esta doble pechuga que tengo?, bueno, tú la vas a heredar, hijito, eres de raza fina, todo un Gallo Del Prado, así que recuerda que los modales y la finura son lo primero.

—Sí, sí, ya sé —dijo Pollito algo resignado, pues su mamá, la señora Gallina, siempre

17



le repetía como un disco rayado que ellos eran muy finos y delicados, y que antes que nada debían comportarse con mucha, pero con muchísima clase.

18 —Bueno, Pollito, ¡no te quedes ahí tieso como estatua! ¿Acaso no ves que tenemos que alistar el equipaje? A mover esas patas flacas, hijito. ¡Apúrate! Anda y termina de alistar tu ropa, tu mochila, la bolsa de dormir, el bloqueador, los lentes, la carpa... Mientras, yo voy a preparar la chicha morada y a ponerla en un botellón. ¡No hay tiempo que perder!